Cursos de iniciación marxista

Dirigidos por
H. Duncker
A. Goldschmidt
K. A. Wittfogel

Curso: HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

Indice:

La revolución industrial de Inglaterra y el cartismo

Plan de trabajo

I. La revolución industrial inglesa y sus consecuencias

II. El movimiento cartista, sus principales etapas y su carácter

III. Causas de la derrota e importancia histórica del cartismo

EDITORIAL CENIT, S. A.
MADRID

Un cuaderno de 32 páginas el día 15 de cada mes / Precio, una peseta

Cuaderno: 2

CURSOS DE INICIACION MARXISTA

EDICION ESPAÑOLA DIRIGIDA POR W. ROCES

CURSO I

ECONOMIA POLITICA

(EN DOCE CUADERNOS APROXIMADAMENTE)

CUADERNO APARECIDO:

NUMERO 1

LA TEORIA MARXISTA DEL VALOR

Introducción.

Plan de trabajo: I.—Las contradicciones del régimen capitalista de producción. II.—La mercancía y su valor. III.—El valor como forma específica que el trabajo especial reviste en la sociedad productora de mercancías. IV.—Las formas del valor. Dinero y precio. V.—El fetichismo de la mercancía.

Los siguientes cuadernos de este Curso aparecerán el día 1 de cada mes.

Precio de cada cuaderno suelto, en librerías y quioscos, 1 peseta. La suscripción combinada a los dos Cursos, I y II, 16,10 pesetas, que deben remitirse por giro postal al solicitar la suscripción a Editorial Cenit, S. A., apartado 1.229, Madrid.

Los individuos que quieran suscribirse y tengan ya adquiridos algún o algunos cuadernos se le rebajará el importe de la suscripción a razón de 0,70 pesetas por cuaderno que tengan ya comprado.

2.° Curso

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

librería SALVAT 43 E

Collectie M. Segall R. I.I.S.G.

Int. Instituut Soc. Geschiedenis Amsterdam 578718

Bro 1577 25

Plan de trabajo

CAPÍTULO SEGUNDO. LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL DE INGLATERRA Y EL CARTISMO

I. *La revolución industrial inglesa y sus consecuencias.*

Condiciones previas y carácter de la revolución industrial.—Consecuencias de la revolución industrial.—Por qué la revolución industrial se produjo primero en Inglaterra.—Por qué la revolución industrial no llevó aparejada una revolución política.

II. *El movimiento cartista, sus principales etapas y su carácter.*

1. El movimiento obrero inglés antes del cartismo.—La lucha contra las máquinas.—Los «ludditas».—La reforma de 1832.—Explotación del movimiento obrero por la burguesía.—R. Owen.
2. El movimiento cartista.—«Partido de la fuerza moral» y «Partido de la fuerza física».—La Convención cartista.—Segundo período del movimiento cartista.—Programa social del cartismo.—Tercer período del movimiento cartista.

III. *Causas de la derrota e importancia histórica del cartismo.*

Preguntas de repaso.

Introducción metódica al estudio del capítulo segundo

Sobre el ejemplo de Inglaterra es sobre el que mejor pueden estudiarse los orígenes del capitalismo industrial, de la gran industria y del maquinismo, y el nacimiento de las dos clases fundamentales que forman la sociedad burguesa moderna: la burguesía y el proletariado. El presente capítulo tiende a exponer cómo se crearon en este país las condiciones para el desarrollo de la gran industria, cómo se inició y desarrolló el proceso de la «acumulación originaria del capital», y qué consecuencias económicas y sociales acarreó la revolución industrial. A continuación, estudiaremos el carácter del cartismo, primer gran movimiento político de masas en que el proletariado aspira a la conquista del Poder político en su *propio* interés de clase.

Al estudiar el apartado primero de este capítulo debe ponerse especial atención en el papel que desempeñó el asentamiento de campesinos por la fuerza y la proletarización de las masas del campo. El lector deberá, además, comparar la marcha de la industrialización en Inglaterra con el proceso de la industrialización en los demás países principales del capitalismo,

A 985

Bro Sf 40

contrastándola con la edificación industrial del socialismo en la Unión Soviética y la posición que ocupan en ella los campesinos, hasta asimilarse las diferencias que separan los derroteros de la industrialización capitalista de Inglaterra y los de la industrialización socialista de la U. R. S. S. (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas). En el estudio del apartado segundo, deberá fijarse el lector en cómo la clase obrera inglesa se emancipa de la influencia de la burguesía y comprende la necesidad de plantear una acción sustantiva de clase. Procure darse también el lector clara cuenta de la ideología de R. Owen y de su influencia en el movimiento obrero. Subráyense las características peculiares de cada uno de los tres períodos del cartismo. Puntualícese la importancia que los cartistas afirmaban a su plataforma política (la «Carta»).

Dentro del abigarrado conjunto del movimiento cartista, deberán analizarse las principales diferencias programáticas y tácticas de criterio que separaban a los varios grupos (tendencias de Lovett, O'Connor, O'Brien y Harney).

En el estudio del apartado tercero reclama especial atención la prosperidad industrial y el monopolio conquistado por Inglaterra en la economía mundial, que viene a consolidar la posición de la aristocracia obrera. Compárese la desaparición del carácter revolucionario en el movimiento obrero inglés después del cartismo con el proceso de agitación revolucionaria de la clase obrera de Inglaterra en nuestros días (ejemplo: huelga general de 1926) e investíguense las causas de esta diferencia.

Medítense bien los juicios de Marx y Engels acerca del cartismo, así como las enseñanzas de éste para el movimiento obrero moderno.

Capítulo segundo. La revolución industrial de Inglaterra y el cartismo

I. La revolución industrial inglesa y sus consecuencias

Condiciones previas y carácter de la revolución industrial

El régimen capitalista brota de una subversión radical del viejo sistema de producción y de las relaciones sociales antiguas. Esta subversión ocurre en distintas épocas, según los diversos países. En Inglaterra, el moderno sistema capitalista surge antes que en los demás pueblos y cobra formas más violentas que en parte alguna. La gran industria capitalista, se desarrolla en Inglaterra ya a fines del siglo XVIII: la máquina empieza a triunfar sobre la mano de obra, la agricultura va cediendo terreno a la industria, se forma una clase de proletarios, brotan ciudades nuevas y grandes y se crean nuevos medios de comunicaciones.

¿Qué condiciones previas hubieron de darse para que triunfase el régimen capitalista de producción? Dos, principalmente: primera, existencia de capitales que permitiesen poner en marcha grandes industrias; segunda, existencia de fuerzas de trabajo «libres», perfectamente «desembarazadas» de medios de producción y de tierra en propiedad. Claro está que estas dos condiciones previas no surgieron de golpe en la extensión necesaria, sino que fueron formándose paulatinamente, a lo largo de todo un período que Marx llama la era de la *acumulación originaria del capital*.

Mas no se crea que este proceso de acumulación originaria fué ningún proceso evolutivo liso, pacífico y puramente económico, como lo presentan la mayoría de los historiadores burgueses. Nada de eso. Los orígenes del capitalismo fueron obra de una revolución social, «la revolución más sangrienta que conoce la historia humana» (Marx).

Estudiando la significación de la conquista y saqueo de las colonias en la acumulación originaria del capital, escribe Marx:

«El descubrimiento de las tierras auríferas y argentíferas de América, la exterminación, el esclavizamiento y enterramiento de la población nativa en las minas, los comienzos de la conquista y saqueo de las Indias orientales, la transformación de Africa en un cercado de batida comercial contra los negros; tales son los destellos que marcan la aurora de la era capitalista de producción. Estos procesos idílicos son otros tantos jalones cardinales de la acumulación originaria... En Inglaterra se compendian todos sistemáticamente, a fines del siglo XVII, en el sistema colonial, en el sistema de la Deuda pública, en el sistema fiscal moderno y en el sistema de protección (*). Estos métodos descansan, no pocas veces, como ocurre con el sistema colonial, en la fuerza bruta. Pero todos ellos se sirven del Poder público, del poder concentrado y organizado de la sociedad, para fomentar intensivamente el proceso de transformación del régimen de producción feudal en el régimen capitalista y acortar los períodos de transición.» («Capital», t. *I*, pg. 679.)

Hasta un profesor burgués como Werner Sombart se ve obligado a reconocer que el capitalismo pudo instaurarse en el Occidente de Europa a

(*) Llámase «sistema de protección» al conjunto de medidas dictadas por el Gobierno para proteger al capitalismo incipiente.

fuerza de saquear las tres cuartas partes del mundo. La expropiación despiadada de los campesinos, la ruina de los artesanos: tal fué la senda que hubo de recorrerse para convertir al labriego y al artesano «independiente» en proletario necesitado de trabajo, que tiene en la fuerza de trabajo su única propiedad.

«La llamada acumulación originaria no es, por tanto, más que el proceso histórico de disociación entre los productores y los medios de producción. La llamamos «originaria», porque forma la prehistoria del capital y de su peculiar régimen de producción... El productor inmediato, el obrero, no pudo disponer de su persona hasta que dejó de estar encadenado a la gleba y sujeto como siervo o vasallo a otra persona... Pero, además, estos seres acabados de emancipar, no pudieron venderse a sí mismos más que después de ser despojados de todos sus medios de producción y de todas las garantías de existencia que les aseguraba el viejo régimen feudal. Y la historia de esta expropiación ha quedado grabada, con rasgos indelebles de sangre y fuego, en la historia de la humanidad.» (Marx, «Capital», t. I, pg. 646.)

El desplazamiento de las relaciones sociales del feudalismo por el régimen capitalista, la suplantación del pequeño colono por el gran arrendatario, la expropiación de la clase campesina, son hechos que en Inglaterra se inician ya a fines del siglo XV y que en las postrimerías del siglo XVIII se desarrollan en toda su extensión. En el período que va de 1710 a 1760 se cercan 335.000 acres (*) de tierra. Durante los años 1760 a 1843 los terrenos cercados ascienden a siete millones de acres. Los terratenientes ingleses, los lores, creyeron más beneficioso para sus intereses, teniendo en cuenta, por ejemplo, el desarrollo de la industria lanera en el siglo XVI, expulsar a los labriegos de sus tierras y convertir éstas en prados, en pastizales («los hombres son devorados por las ovejas», se lamentaba el inglés Tomás Moro en 1616). El Estado acudió enérgicamente en ayuda de los lores, dando la sanción legislativa mediante acuerdos del Parlamento sobre el derecho a «cercar terrenos comunes», a aquellos robos de tierra. Gracias a estas «leyes de cercados», «los terratenientes—para decirlo con Marx—se regalaron a sí mismos en propiedad privada las tierras del pueblo». Las masas de labriegos hubieron de ceder el campo a las ovejas y acudir a las ciudades buscando medios de vida. A fines del siglo XVIII apenas quedaba en toda Inglaterra ni un sólo terrateniente modesto, de los 180.000 que existían en los últimos años del siglo XVII.

«Quien ignorase la historia de Inglaterra durante este período intermedio —dice el historiador inglés Toynbee—, se figuraría que el país había sido devastado por una guerra o por una revolución social violenta, que hubiese desplazado la posesión de una a otra clase.»

He ahí cómo las conmociones agrarias arrancan a cientos de miles de labriegos de su tierra y crean el ejército de obreros asalariados de que necesitaba la industria. La revolución agraria, derribando todos los vestigios del antiguo régimen de la tierra (terrenos comunales, tierras desperdigadas, etc.), fomenta la intensificación de la agricultura, el tránsito del sistema de las «tres hojas» al del cultivo alternativo y el empleo de maquinaria agrícola. El capitalismo empieza a introducirse en la agricultura. Además, estos cambios contribuyeron en una parte grandísima a *dilatar el mercado interior*. Mientras el labriego cultivaba su tierra, producía por sí mismo casi todo lo que necesitaba, comprando muy poco en el

(*) El acre es una medida inglesa, de superficie equivalente a 0,4 hectáreas.

mercado. La expropiación de los campesinos hizo que cambiase la situación. El censo de consumidores de productos industriales creció, y los propios productos agrícolas acabaron convirtiéndose también en mercancías.

«*La disolución de los campesinos*—dice Lenin, en 1899, en su obra «El desarrollo del capitalismo en Rusia»—*crea el mercado interior para el capitalismo.* En las capas inferiores se va formando un mercado de artículos de consumo (mercado para el consumo personal). El proletariado del campo consume menos que el labriego de posición media y, además, productos de peor calidad (patatas en vez de pan, etc.), pero en cambio compra más» (pg. 143).

La desaparición de la clase de los «labriegos de posición media», su expropiación violenta, imprime, por tanto, gran impulso y fortalecimiento al mercado interior, a la par que provoca una demanda en masa de mercancías, contribuyendo así a desarrollar la división del trabajo y preparando el triunfo de la gran industria y de la técnica maquinista. Fruto de todos estos procesos es el gran incremento que toma el comercio de exportación y la importancia que adquieren los mercados exteriores.

La revolución operada en el campo de la técnica—toda una serie de inventos en los ramos de hilados y tejidos, y, sobre todo, la invención de la máquina de vapor—determinó el tránsito a la producción por medio de máquinas.

Los historiadores burgueses ven en los inventos la obra casual de personalidades aisladas dotadas de gran talento, de genios individuales. No hay tal cosa. Los inventos brotan casi siempre por imperio de la necesidad económica y social.

Consecuencias de la revolución industrial

Las máquinas subvirtieron todo el orden social de Inglaterra.

«Antes de introducirse las máquinas—escribe F. Engels, en 1845—las materias primas se hilaban y tejían en casa del mismo obrero. La mujer y las hijas devanaban el hilo, que el marido tejía... Estas familias de tejedores vivían casi siempre en el campo, cerca de las ciudades y atendían bastante bien, con el salario, a su sustento...

De este modo, los obreros vegetaban en una existencia apacible y vivían una vida honrada y tranquila, recogida y devota; su situación material era bastante mejor que había de ser la de sus sucesores; no necesitaban trabajar con exceso, hacían lo que les placía, y con ello ganaban lo necesario para vivir y aún les quedaba tiempo libre para emplearlo en un trabajo sano, en el campo o en la huerta, trabajo que les servía a la vez de distracción, y para participar de las expansiones y juegos de sus vecinos... Sus hijos criábanse respirando el aire libre del campo y, de vez en cuando, si tenían edad para ello, ayudaban a sus padres a trabajar... («La situación de la clase obrera en Inglaterra», pgs. 1 s.)

La aparición de las máquinas dió al traste con todo esto. Ya la primera invención—la máquina de hilar (*)—daba seis veces más rendimiento que una rueca corriente. Cada invento y cada perfeccionamiento venía a desplazar por inútil a un contigente cada vez más numeroso de obreros. La introducción de las máquinas determinó la ruina gradual y torturante del obrero manual.

«La historia universal—escribe Marx—no conoce espectáculo más espantoso que la ruina de los tejedores manuales ingleses de algodón, que va arrastrándose paulatinamente durante años y años hasta sellar, por fin, en 1838.» («Capital», t. I, pg. 365.)

(*) Inventada por Hargreaves en 1764.

La fábrica fué atrayendo, en número cada vez mayor, a las mujeres y a los niños. La creciente demanda de productos industriales espoleaba a los capitalistas, tentándoles a redoblar hasta el máximo la explotación de los obreros. A ello contribuía también el deseo de amortizar (*) en el menor tiempo posible el valor de las máquinas, que, además de ser muy caras, envejecían rápidamente, superadas por otras, en aquellos tiempos de revolución técnica. La jornada de trabajo llegó a ser de dieciséis y hasta de dieciocho horas. No en vano dice Marx en su *Capital*, hablando de esta «jornada» de trabajo:

«Todos los límites puestos por la costumbre y la naturaleza, por la edad y por el sexo, por el día y por la noche, se vinieron a tierra. Hasta los conceptos de día y de noche, que en los antiguos estatutos tenían una sencillez aldeana, llegaron a esfumarse de tal modo, que un juez inglés de 1860 hubo de desplegar una agudeza verdaderamente talmúdica para poder «fallar» qué era noche y qué era día. Eran los tiempos orgiásticos del capital.» (Marx, «Capital», t. I, pgs. 266 s.)

Niños de la más tierna edad tenían su puesto en la fábrica; los capitalistas no sentían escrúpulo en hacer trabajar hasta a niños de cuatro y cinco años.

En el informe de una Comisión fabril se cuenta cómo los niños eran sacados de las camas por los vigilantes y enviados a la fábrica, desnudos, con los vestidos en la mano, a bofetadas y empellones, cómo se les quería sacudir el sueño a fuerza de golpes y cómo, a pesar de todo, se quedaban dormidos trabajando; cómo un niño que se había quedado dormido junto a la máquina parada, se incorporó al oír la voz del vigilante y se puso a ejecutar mecánicamente todas las operaciones de su trabajo sin abrir los ojos; cómo estos niños, demasiado agotados de fatiga para volver a sus casas, se acurrucaban a dormir en los secaderos, detrás de los fardos de lana y cómo tenían que arrojarlos de la fábrica a golpes; cómo cientos y cientos de niños volvían a su casa por la noche tan rendidos del esfuerzo, que no tenían siquiera fuerzas para comer.

La inseguridad material de los obreros tomó, con la revolución industrial, proporciones extraordinarias. El obrero que trabajaba a domicilio vivía bajo la constante amenaza de verse absorbido por la fábrica. Y el que trabajaba en la fábrica estaba, a su vez, expuesto a ser arrojado a la calle de la noche a la mañana por efecto de una crisis o de un nuevo perfeccionamiento de las máquinas.

A la par con la revolución industrial, se desarrollaban las grandes ciudades y centros de industria, donde los obreros se hacinaban en la mayor estrechez, en casas míseras y ruinosas. El alcoholismo, la prostitución y el crimen encontraban un terreno magníficamente abonado en aquel ambiente espantoso de miseria. Así se explica que en el año 1805 hubiese en las cárceles de Inglaterra 4.605 personas castigadas por delito y que veinte años después, triunfante ya el capitalismo, la cifra ascendiese a 14.737.

El capitalismo inglés celebró sus primeros triunfos tomando por pedestal las más terribles privaciones de la clase obrera y de unas masas campesinas arruinadas, lo mismo en Inglaterra que en sus colonias.

La marcha de la industrialización y la edificación del nuevo orden social, del *socialismo*, en la *Unión Soviética*, se distinguen *radicalmente* de los caminos seguidos para la formación de la sociedad capitalista y del régimen industrial del capitalismo.

(*) Es decir, reembolsarse de su costo.

«El Estado proletario dispone, en este respecto, de ventajas que no tienen ni pueden tener los Estados burgueses. La industria nacionalizada, la nacionalización de los transportes y del crédito, el monopolio del comercio exterior, la regulación del comercio interior por el Estado, son otras tantas fuentes nuevas de «capitales adicionales», que pueden ponerse al servicio del desarrollo industrial de nuestro país y de que jamás ha dispuesto un Estado burgués... Por eso los derroteros que los Estados burgueses no pueden seguir, son, pese a todas las dificultades, perfectamente asequibles a nuestro Estado proletario.» (Stalin, «Problemas de leninismo», t. I, pg. 347.)

¿Y las consecuencias que la *industrialización* supone en la U. R. S. S. para las masas obreras y campesinas? Gracias a la ayuda de la industria socialista, las pequeñas haciendas campesinas van convirtiéndose en grandes explotaciones socializadas (explotaciones colectivas, granjas soviéticas). A comienzos de 1931, el sector colectivo abarcaba ya más de seis millones de explotaciones campesinas, o sea más de la cuarta parte del total del país. Mientras que el desarrollo del capitalismo se impuso a costa de las más grandes privaciones y la miseria indecible de los labriegos, la edificación del socialismo en la U. R. S. S. coloca a las masas campesinas en un nivel de vida material y de cultura jamás conocido.

La industrialización capitalista de Inglaterra trajo consigo la depauperación de la gran masa de la clase obrera. La industrialización socialista de la U. R. S. S. está dando frutos muy distintos. La burguesía mundial y los «socialistas» hablan de la «esclavitud obrera» bajo los Soviets; la realidad es que el desarrollo gigantesco de la economía soviética lleva aparejado un mejoramiento sistemático y constante de las condiciones de vida del obrero. Al paso que en los países capitalistas cobra proporciones monstruosas el paro forzoso, en la U. R. S. S. no hay un solo obrero parado. Una parte considerable de los obreros soviéticos disfrutan ya de la jornada de siete horas y de la semana de cinco días. Y el triunfo del Plan quinquenal permitirá liquidar ciertas dificultades pasajeras que obedecen a las gigantescas inversiones de capital en interés de una acelerada industrialización, y al encauzamiento de las explotaciones campesinas atrasadas y desperdigadas hacia los métodos colectivos de la gran explotación.

Pero volvamos a Inglaterra. Los orígenes del siglo XIX trajeron una nueva revolución técnica al campo de los transportes (invención del buque de vapor por Fulton en 1815, descubrimiento de la locomotora por Stephenson, en 1807).

He aquí, descrita por la pluma de un contemporáneo, la impresión que causaba el paso del primer vapor que atravesó el Canal de Panamá:

«Los habitantes de las ciudades se apiñaban en las orillas del río, atraídos por el estrépito de las ruedas y aterrados al ver las chispas y lenguas de fuego que vomitaba la chimenea del barco. Esta singular antorcha, partida rápidamente por las olas del río, atraía desde lejos todas las miradas e iba sembrando el terror por donde quiera que pasaba. Gritos de auxilio: «¡Fuego! ¡Fuego!», campanas echadas a rebato y ladridos de perros, eran, hasta que amanecía, el séquito de aquel fantástico espectáculo.»

No menos curiosos fueron los prejuicios que suscitó el primer ferrocarril. Arago, un famoso hombre de ciencia, declaró en 1836, hablando de la baja temperatura reinante en los túneles, que una transición tan súbita del calor al frío podía acarrear una enfermedad, una pulmonía, una pleuresía, un catarro, etc., a las personas propensas a sudar. Había quien afirmaba que, cuando dos trenes se cruzasen, la capa de aire aprisionada entre ellos se condensaría de tal modo, que los viajeros morirían asfixiados. Los

aldeanos atribuían al humo de las locomotoras el mal tiempo pertinaz, las epidemias de las patatas y todo género de males.

Pero las máquinas triunfaron de todos los prejuicios y obstáculos. Hacia mediados del siglo XIX *la revolución industrial inglesa estaba terminada.* Gracias a las máquinas, creció en proporciones inmensas la productividad del trabajo en Inglaterra, que fué convirtiéndose en el «taller del mundo». La riqueza nacional, o lo que es lo mismo, las ganancias de los capitalistas, crecieron de un modo imponente. Pero, a la par con esto, se fueron agudizando todas las contradicciones engendradas por la anarquía del orden capitalista. El triunfo del capitalismo desencadenó crisis profundas, persistentes y periódicamente reiteradas (1825, 1836, 1847); la revolución industrial conmovió y minó todas las viejas relaciones sociales. El antiguo régimen patriarcal entre maestros y oficiales desapareció. El abismo abierto entre la burguesía y el proletariado por la revolución industrial se hizo cada vez más profundo.

Pero, antes de pasar a estudiar las primeras manifestaciones del proletariado inglés, conviene que investiguemos dos puntos: 1.° ¿Por qué esa revolución industrial se produjo precisamente en Inglaterra y no en otro país? 2.° ¿Por qué no provocó una revolución política?

Por qué la revolución industrial se produjo primero en Inglaterra

Cómo se explica que esta conmoción industrial se produjese antes en Inglaterra que en ningún otro país? ¿Acaso por las particularidades nacionales o de raza, por el carácter del pueblo inglés, como quieren hacernos creer tantos historiadores idealistas? O acaso por haber sido Inglaterra el primer país que se enriqueció y acumuló grandes capitales por el saqueo de las colonias? Tampoco esta explicación es suficiente. En Europa había, en los siglos XVI y XVII, países mucho más ricos que Inglaterra, que además abrazó la senda de la política colonial cuando ya se le habían adelantado otras naciones europeas. España y Portugal, por ejemplo, fueron, durante los siglos XVI y XVII, formidables potencias coloniales. ¿Porqué, entonces, no surgió la revolución industrial dentro de sus fronteras? La razón de esto está en que el desarrollo del comercio colonial y del capital comercial no basta para que se forme el capitalismo industrial. Las colonias no contribuyen siempre al desarrollo capitalista de la metrópoli. El incremento del capital comercial puede socavar el viejo régimen de producción, pero de suyo no basta para crear un régimen nuevo. El sistema económico concreto que surja bajo la influencia del capital comercial depende del régimen de producción existente en el momento en que ese capital comercial se forma. Así, por ejemplo, las formidables riquezas coloniales de *España* embarazaron su desarrollo capitalista, pues no hicieron más que consolidar el régimen feudal, que en rigor ya se había sobrevivido. Las grandes riquezas de las colonias españolas y portuguesas no sirvieron más que para alimentar al feudalismo: a la monarquía, a la Iglesia católica, a toda la burocracia feudal del Estado que mantenía contacto con las colonias. Los elementos feudales españoles dieron a las grandes facilidades que para enriquecerse les brindaban las colonias preferencia sobre el desarrollo de la economía de su país, considerando el trabajo productivo como ocupación digna de desprecio. En una palabra, el incremento del capital comercial condujo en España, por paradójico que esto parezca, al fortalecimiento del feudalismo agonizante y no a la creación de

un orden nuevo, del orden capitalista. Otro ejemplo nos lo ofrece Holanda. Holanda fué el país que heredó el puesto de primera potencia colonial, al sobrevenir la decadencia de España y Portugal como potencias coloniales y comerciales. Añádase que, en sus comienzos, la política colonial holandesa fué estrechamente unida al desarrollo de la manufactura dentro del país. Pues bien; a pesar de esto, Holanda no experimentó una revolución industrial. ¿Por qué? Porque la política colonial holandesa perdió en seguida su enlace con la primitiva base de producción. A la rica Holanda, le parecieron más beneficiosos el mero papel comercial de intermediario y la usura. De aquí que el desarrollo sustantivo y unilateral del capital comercial holandés no coincidiese con el desarrollo de su producción capitalista, sino por el contrario, se alzase ante ella como un obstáculo.

Otra cosa aconteció en Inglaterra, donde las circunstancias se dispusieron de un modo radicalmente distinto al de los tres citados países. Inglaterra entró en la escena de la política colonial activa casi al mismo tiempo en que tocaba a su fin en el interior del país la lucha contra el absolutismo feudal. Inglaterra llevó a cabo su revolución burguesa ya a mediados del siglo XVII (dictadura de Cromwell). Por eso el feudalismo no pudo explotar en su provecho, como ocurrió, por ejemplo, en España, las principales ventajas del comercio colonial. Ni aconteció tampoco como en Holanda, pues el capital comercial inglés, fecundado por las riquezas coloniales, no surgió como una fuerza desarticulada de su base de producción. El capital comercial inglés supo, en una fase relativamente temprana, mantener un contacto bastante estrecho con la industria. En el siglo XVII, el capital comenzó ya a afluir en grandes proporciones a las fuentes industriales. La industria casera y la manufactura capitalistas contábanse ya desde hacía largo tiempo entre las formas características de organización de la industria (ejemplo, la industria de la lana). Espoleado por la influencia de nuevos capitales, la conquista de nuevos mercados y el constante acicate de la concurrencia extranjera, el capital comercial fué penetrando cada vez más de lleno en la industria y adueñándose, en primer término, de las ramas de producción que alimentaban las exportaciones.

Como hemos visto, la ruina del imperio colonial holandés se debió a la falta de entronque entre el comercio colonial y la industria de la metrópoli. Fué la misma razón que obligó al imperio colonial francés a retroceder ante Inglaterra. El íntimo enlace establecido entre la producción interior capitalista, tempranamente desarrollada, y el comercio exterior, le valió a Inglaterra su potente predominio y determinó, andando el tiempo, la rápida transfusión del capital comercial a la industria.

No deben perderse de vista, además, las condiciones geográficas. La situación insular de Inglaterra, las condiciones propicias de su línea costera, el clima moderado, las fáciles comunicaciones en el interior del país y, finalmente, los yacimientos de carbón y de hierro descubiertos en su territorio antes que en ningún otro país: todo contribuía a fomentar notablemente el desarrollo económico de Inglaterra. Estas ventajas naturales favorecieron también, evidentemente, la supremacía puramente militar de este pueblo. Al derrumbarse el imperio colonial italiano y el de España y Portugal y al desarrollarse la importancia marítima de Francia y Holanda, la situación de Inglaterra se vió extraordinariamente favorecida, dominando como dominaba las rutas marítimas de los puertos de sus competidores,

Holanda y Francia. Inexpugnable por tierra, no necesitaba, a diferencia de estos dos países, invertir grandes sumas en sostener un ejército, y esto permitíale concentrar todas sus fuerzas en la creación de una flota potente, que es el arma militar y comercial más eficaz para toda política colonial.

Por qué la revolución industrial no llevó aparejada una revolución política

La revolución burguesa habíase impuesto en Inglaterra, como hemos dicho, a mediados ya del siglo XVII. El feudalismo se había deshecho mucho antes de que estallase la gran conmoción industrial. De aquí que en la Inglaterra del siglo XVIII la fuerza del «viejo régimen» fuese mucho menor que en Francia al estallar la Gran Revolución. Así se explica que la imponente conmoción del siglo XVIII no provocase en Inglaterra una revolución política. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que el triunfo del régimen industrial fuese beneficioso para todas las clases de la sociedad. Nada de eso. El campesino despojado de sus tierras y arrancado violentamente a su terruño, el obrero a domicilio y el artesano arruinado por las máquinas, el trabajador asalariado esquilmado de la manera más brutal por el capital industrial incipiente, eran otras tantas capas sociales que tenían muchas razones para no estar contentas con aquella vertiginosa transformación social. Sin embargo, por el momento, la protesta de estos sectores revestía la forma de simples acciones espontáneas.

II. El movimiento cartista, sus principales etapas y su carácter

1. El movimiento obrero inglés antes del cartismo

La lucha contra las máquinas. Los "ludditas"

Esas acciones espontáneas de protesta partieron principalmente de los obreros domiciliarios y de los artesanos. Estos sectores sociales, a quienes la conmoción industrial había sacado de quicio y que eran los más perjudicados por ella, empezaron a librar, ya en el último cuarto del siglo XVIII, una lucha desesperada contra el sistema fabril naciente. Sus métodos de lucha eran la destrucción de máquinas (*), incendios de fábricas, motines y revueltas. Estas explosiones de furia, en las que estallaba la desesperación de las masas precipitadas a los abismos de la miseria por el capitalismo, cobraron proporciones ya muy considerables a partir del año 1811.

Decenas de millares de obreros de la industria domiciliaria y del artesanado, conocidos por el nombre de «ludditas», comenzaron a organizar sistemáticamente la destrucción de máquinas, acompañada de revueltas fabriles. Este movimiento llevó el pánico a las clases acomodadas. No se conoce el origen exacto de la palabra «ludditas». Dícese que proviene de un tal Nedd Ludd, de oficio tejedor, que, habiendo hecho añicos un telar de calcetero, dió origen a que se generalizase entre

(*) La primera ley contra los asaltos a las máquinas y a los edificios fabriles fué dictada en Inglaterra en 1769.

los trabajadores el dicho de «hagamos lo que Ludd». En 1811, el «luddismo» forma ya una imponente secta. Los «ludditas» asaltaban las casas para demoler las máquinas guardadas en ellas, diciendo que ejecutaban las órdenes de «Nedd Ludd» o del «general Ludd», como le titulaban otras veces. Pero los «ludditas» no se limitaban a luchar contra las máquinas, sino que pugnaban por defender también por otros procedimientos los intereses de la clase obrera. Luchaban contra la carestía de los víveres, presentándose en los mercados y obligando a los tenderos, que exigían precios desvergonzadamente altos, a vender a los precios que ellos ordenaban, cuando no a dar las mercancías de balde. A veces, allanaban también las moradas de los ricos, para exigirles un donativo en metálico en nombre del «general Ludd». Las masas obreras de las comarcas en que ocurría todo esto simpatizaban más o menos abiertamente con los «ludditas», pues éstos no hacían, en realidad, más que exteriorizar el espíritu general reinante.

Las clases poseedoras y su Gobierno no podían seguir tolerando, naturalmente, las hazañas de los «ludditas». En 1812 se dictó una ley decretando la pena de muerte contra los destructores de máquinas.

En el debate abierto en el Parlamento acerca de esta ley, el famoso poeta inglés lord Byron se pronunció contra ella (febrero de 1812) en un fogoso discurso. Tomamos de él las siguientes manifestaciones:

«Durante mi breve estancia, hace pocos días, en Nottinghamshire, no pasaban doce horas sin que se cometiese un acto de violencia, y el día de mi partida me comunicaron que en la noche anterior habían sido destruidos—sin que nadie opusiese resistencia ni se hubiesen descubierto los autores, como casi siempre—cuarenta telares... Pero aun reconociendo, como es obligado, que estos excesos toman ya proporciones amenazadoras, no puede negarse que obedecen a un estado de miseria jamás conocido... Los obreros despedidos por la introducción de nuevas máquinas creen, en la simpleza de sus corazones, que la existencia y el bienestar de hombres laboriosos tienen más importancia que el enriquecimiento de unos cuantos individuos... Se dice que esas gentes son una chusma desesperada, peligrosa e ignorante, y parece pensarse que el único remedio eficaz para aquietar esa furia de innúmeras cabezas es cortar unas cuantas que sobran. Pero ¿es que tenemos plena conciencia de nuestros deberes para con esa chusma? Esa chusma es la que trabaja vuestros campos y sirve en vuestras casas, la que tripula vuestra marina y de la que se recluta vuestro ejército; la que os ha puesto en condiciones de desafiar al mundo y la que podrá desafiaros a vosotros si la intransigencia y la desventura la mueven a desesperación. Podéis dar al pueblo el nombre de chusma, pero no olvidéis que esa chusma es no pocas veces portavoz de las ideas del pueblo. Permitidme también que ponga de manifiesto la prontitud con que estáis siempre dispuestos a acudir en auxilio de vuestros aliados en la guerra, cuando éstos se ven apurados, mientras dentro de vuestro propio país dejáis a los necesitados a la merced del cielo o confiados a la beneficencia pública. Con mucho menos—con la décima parte de lo que regaláis a Portugal—bastaría para hacer superfluos dentro del país los servicios caritativos de las bayonetas y de la horca. La miseria de nuestro pueblo es hoy más angustiosa que nunca. Yo, que he recorrido el teatro de la guerra de la península ibérica, que he estado en algunas de las provincias más terriblemente agobiadas de Turquía, no he visto jamás, ni bajo el más despiadado despotismo de un Gobierno mahometano, tanta anónima miseria como he encontrado, al regresar de mi viaje, dentro de las fronteras de este país cristiano. ¿Y cuáles son vuestros remedios? Después de varios meses de pasividad y de otros cuantos meses de actividad todavía peor, aparece por fin el grandioso específico, la hierbecilla que no ha fallado jamás a ningún médico de Estado desde los tiempos de Dracón hasta nuestros días: la pena de muerte. Pero ¿es que, aun prescindiendo de la injusticia tangible y de la falta de fundamento de la causa que la motiva, no hay ya bastantes penas de muerte en vuestras leyes? ¿No hay ya bastantes cuajarones de sangre en vuestros códigos, que todavía queréis derramar más, hasta que los cielos griten y clamen en contra vuestra? ¿Son esos los remedios con que queréis curar a un pueblo hambriento y desesperado?»

Naturalmente, la ley fué votada por los representantes de la clase poseedora. Se enviaron tropas contra los destructores de máquinas, se decretaron penas y más penas de muerte (*), se dió suelta a un tropel de provocadores. Y el movimiento fué sofocado, aunque se reprodujo años más tarde (en 1816).

Es evidente que el movimiento de los «ludditas» no se puede calificar de revolucionario, en el sentido proletario de esta palabra. Era una explosión de ira desesperada de las masas pequeñoburguesas arrojadas a la miseria por la revolución industrial y que volcaban sobre las máquinas su odio ciego. Los «ludditas» pretendían volver a los «felices tiempos pasados», y nada más alejado de sus cabezas que la idea de luchar por un orden social nuevo o contra el régimen capitalista como tal.

La reforma de 1832

Explotación del movimiento obrero por la burguesía

La destrucción de las máquinas no era, ciertamente, el camino más indicado para la emancipación de la clase obrera, razón por la cual ésta hubo de abrazar, cada vez más resueltamente, nuevos medios de lucha: la huelga y la creación de organizaciones sindicales. Los obreros ingleses tuvieron que librar batallas muy largas y muy duras hasta arrancar el reconocimiento jurídico de los sindicatos. Esta campaña se agudizó y tomó caracteres especialmente furiosos durante los años 1815 a 1822, en el ambiente de la crisis que siguió a la terminación de las gueras napoleónicas.

Hubo un momento en que la burguesía pudo incluso aprovechar para sus fines el naciente movimiento obrero. En aquellos tiempos, la clase burguesa luchaba por conseguir una reforma del viejísimo sistema electoral, que no le aseguraba una representación parlamentaria proporcionada a su importancia económica. El Parlamento inglés era por entonces un instrumento de los terratenientes y de los grandes señores coloniales. Las nuevas ciudades incubadas por la revolución industrial no tenían asiento en él. En cambio, pueblos rurales en otro tiempo densamente poblados y ahora casi desiertos, enviaban al Parlamento sus representantes. Se daba el caso de comicios electorales con un sólo elector, que, después de constituir la mesa, se elegía a sí mismo diputado. Para arrancar a aquel Parlamento de terratenientes la reforma apetecida, la burguesía procuró aliarse a los obreros, y principalmente a los sindicatos o tradeuniones (**), que por fin, tras un largo período de ilegalidad, habían conquistado luchando, en 1825, la libertad legal de coalición. Los sindicatos se erigieron por un momento en cabeza de un movimiento político, siquiera fuese en forma de «Unión de las clases burguesas y trabajadoras». «Uniones» políticas de éstas se formaron—alentadas, sobre todo, por la revolución parisina de julio de 1830 en Londres, Birmingham y otras muchas ciudades inglesas. Conviene advertir, sin embargo, que ya entonces una pequeña minoría obrera se pronunciaba contra esta política de alianzas con la burguesía. Esta minoría radical agrupábase en torno a un periódico de Londres, «El Abogado del Pobre» («Poor Man's Guardian»), que vivió de 1831 a 1835 y fué uno de los primeros periódicos «no timbrados» de Inglaterra (en virtud de la ley de 1819, los periódicos ingleses tributaban un elevado impuesto de timbre, que hacía innaccesible la Prensa a los trabajadores). «El Abogado del Pobre» se negó a pagar este impuesto, y a la cabeza de cada número—que costaba un penique—figuraban estas palabras: «Se publica ilegalmente, para probar el poder del derecho contra el poder de la fuerza.»

(*) En York fueron ahorcados en 1813 dieciocho caudillos «ludditas».
(**) *Trade*, en inglés, significa industria, comercio, y *union*, asociación.

Por fin, en 1832, la burguesía, ayudada por la clase obrera, consiguió arrancar a la aristocracia territorial una reforma del Parlamento. Fueron despojados de su mandato muchos de los distritos rurales a que aludíamos, confiriéndose, en cambio, representación parlamentaria a los nuevos centros fabriles. Sin embargo, sólo se concedía el derecho de sufragio a los habitantes de las ciudades que pagasen un alquiler no inferior a 10 libras esterlinas (*) al año. El censo electoral experimentó, en total, un aumento de 130.000 electores. La clase obrera, que había decidido con su intervención en la lucha la reforma electoral, se quedó como estaba. Y por si esto fuera poca burla, la burguesía se apresuró a explotar su triunfo para sacar adelante la «ley de beneficencia» (1834), que venía a reducir considerablemente el subsidio público abonado a los millones de obreros domiciliarios proletarizados y, en general, a todas las personas carentes de medios de vida (**). De este modo, la burguesía aceleró la proletarización de los pequeños productores, despojó a los obreros domiciliarios de la última posibilidad de seguir trabajando en sus telares y los empujó a las fábricas, donde reinaba a la sazón una gran escasez de mano de obra. Siguiendo los preceptos de la ley de «beneficencia», se crearon «Casas de trabajo»—que no eran, en el fondo, más que cárceles de trabajadores—, en las que había de «enseñarse al pueblo a trabajar». En estas «Casas de trabajo» las mujeres eran separadas de sus maridos y los hijos de sus padres.

Los resultados de la reforma electoral de 1832 infligieron un amargo desengaño a la clase obrera. Durante una serie de años, los obreros no quisieron oír hablar de acciones parlamentarias ni de luchas políticas, y cifraron todas sus esperanzas en la acción económica directa: tradeuniones, cooperativas, huelgas.

Desde entonces, cobraron gran predicamento en las filas del proletariado inglés las ideas de *Roberto Owen*.

R. Owen

Roberto Owen nació en 1771, y era hijo de un talabartero. Entró de niño como aprendiz en un gran taller de manufactura, donde fué ascendiendo hasta apoderado, para acabar de consocio de una fábrica constructora de máquinas de hilar algodón. A los diecinueve años, Owen era ya director de una fábrica textil en Manchester. En 1795 se estableció por su cuenta como fabricante.

Las ideas de Owen pueden formularse a grandes rasgos como sigue. El carácter del hombre depende de sus condiciones de vida. Si queremos, pues, mejorar al hombre, no tenemos más remedio que modificar las condiciones en que vive. Y como la educación ejerce grandísima influencia sobre el desarrollo humano, deben concentrarse todos los cuidados en el sistema de educación. En 1800, siendo ya propietario de una fábrica en New La-

(*) Una libra esterlina equivale, a la par, a 25 pesetas.
(**) «Los gastos de asistencia pública se redujeron de 6,5 millones de libras esterlinas a que habían ascendido, a 4,5 millones en el año 1841.» (V. Rothstein, página 32.)

nark, Owen comenzó a poner en práctica sus ideas. En vez de las viejas y míseras chozas, pegadas las unas a las otras, en que se hacinaban los obreros, construyó en el pueblo fabril de New Lanark calles nuevas y anchas con casas limpias y espaciosas. En vez de la jornada de trabajo de catorce horas que venía aplicándose, introdujo en su fábrica la jornada de diez horas y media, y suprimió parcialmente el trabajo infantil. Fundó escuelas de niños para los hijos de los obreros, a partir de los dos años. Fiel a su teoría, Owen desterró de estas escuelas la enseñanza puramente libresca e implantó para sustituirla el método práctico de la observación directa. Decretó, además, la prohibición de premios y castigos. Y, finalmente, organizó en New Lanark despachos de consumo que, gracias a sus compras en grande, podían suministrar a los obreros mercancías buenas a precios baratos. Al sobrevenir la crisis de 1806, que dejó en la calle y sin pan a miles de obreros, Owen se vió obligado a cerrar su fábrica, pero no despidió a su personal, como los demás fabricantes, sino que siguió abonándole los jornales.

Importa advertir que, con gran asombro de los patronos, todas estas reformas introducidas por Owen no mermaban para nada las ganancias creadas por los obreros, mejor alimentados y más sanos y fuertes.

Esta actividad reformadora desplegada en su fábrica de New Lanark incitó a Owen a emprender una campaña pública de carácter social. Desde 1812, se dedicó a propagar la reforma escolar y la necesidad de una legislación fabril. En 1816 se hizo socialista, y en este mismo año apareció su obra titulada «Una nueva concepción de la sociedad». En este libro, Owen somete a una crítica minuciosa los resultados de la revolución industrial. La religión, la propiedad, la indisolubilidad del matrimonio, forman, según él, la «trinidad del mal» que hay que abolir. «La propiedad privada—dice—hace del hombre un demonio y del mundo un infierno.» Owen pone de relieve las estridentes contradicciones de la sociedad capitalista: la desproporción entre la producción y el consumo, el desarrollo imponente de las fuerzas productivas acompañado de la depresión del nivel de vida de las masas; los gigantescos gastos del comercio. Esboza un plan de sociedad futura, en la que se borrarán las diferencias entre el campo y la ciudad: en las colonias de Owen el trabajo industrial aparece combinado con las labores agrícolas, si bien éstas desempeñan el papel principal. Las «comunas» owenianas se basan en la cooperación y el consumo en común. Hay que hacer resaltar que Owen, que supo comprender perfectamente la miseria social desatada por el triunfo de las máquinas, tiene, no obstante, el acierto de construir su sociedad del futuro sobre el reconocimiento del sistema fabril.

«El trabajo manual no es capaz—dice Owen—de competir con las máquinas. Renunciar a las máquinas equivaldría a volver a la barbarie... Lo que hay que hacer es poner la máquina al servicio del trabajo humano y no de su opresión, como ahora se hace.»

Por eso Marx podía decir que Owen,

«... en sus ensayos, no sólo arrancaba real y efectivamente del sistema fabril, sino que lo erigía también teóricamente en punto de partida de la revolución social.» («Capital», t. I, pg. 493.)

Owen partió de la idea de organizar, «colonias de unidad y cooperación», pero pronto llegó a la conclusión de que era necesario transformar toda la sociedad en una Federación de municipios comunistas. Sin

embargo, los planes de Owen adolecen todos de dos rasgos característicos. El primero es que Owen, como todos los utopistas, confiaba en llegar a la meta por la vía pacífica exclusivamente, predicando con el ejemplo (en 1824, organizó en América la colonia llamada «Nueva Armonía»). El segundo, que—coincidiendo también en esto con los demás utopistas—no veía en el proletariado la fuerza propulsora y decisiva llamada a transformar la sociedad. Por eso propagaba sus ideas a toda la sociedad sin distinción, incluyendo en ella hasta a las propias clases gobernantes. Owen asedió con sus planes y proyectos a príncipes, ministros y demás representantes de las clases poseedoras. No menos utópica era su teoría de la educación.

«Con una acertada educación—escribía Owen—cabe convertir a niños de una clase en hombres adultos de otra, y puede conseguirse incluso que crean, hasta morir por ellas, en cosas que tengan por nobles y verdaderas, y que sus padres reputaban falsas y viciosas.»

La clase obrera inglesa permaneció durante mucho tiempo indifernte a las ideas de Owen. En 1824 se formó en Londres el núcleo de un movimiento cooperativo, pero hasta 1832, en el propicio ambiente de apatía y apoliticismo de que hemos hablado, el proletariado inglés no abraza resueltamente las teorías de Owen, que reprobaba también la lucha política. Los planes cooperativos owenianos comenzaron a echar raíces y a hacer progresos en las masas obreras, y, sobre todo, en las masas de los pequeños productores arruinados por el capitalismo. No debe olvidarse que Owen es considerado, legítimamente, como el «padre del movimiento cooperativista». Alrededor del año 1830 empiezan a fundarse cooperativas, «bazares de cambio» y «Bancos obreros comunales», con ayuda de los cuales Owen confiaba en garantizar «un intercambio justo» de los productos del trabajo de sus asociados. No tiene nada de extraño que esos Bancos de intercambio diesen en quiebra en seguida (*). Lo que importa poner de relieve aquí es lo siguiente: que los servicios de los «bazares de cambio» sólo podían ser utilizados por un puñado de obreros bien situados de carácter semiartesano, cuyas condiciones de vida les permitían confiar en ir ascendiendo hasta llegar a establecerse por su cuenta como maestros. En este respecto, es característica la siguiente cita, que tomamos de un órgano cooperativista de la época:

«Si las cooperativas triunfan, sus asociados saldrán de la clase obrera para entrar en la clase de los poseedores.»

Por lo demás, Owen pretendió organizar también cooperativas de producción de obreros sin trabajo.

Es en esta época, en que los obreros se retraen de la política, cuando surge la gigantesca popularidad, cada día mayor, de las tradeuniones, influídas también en buena parte por el propio Owen. En el año 1834 se funda la «Gran Unión Nacional de Sindicatos», que se propone por misión transformar la sociedad sobre bases comunistas por medio de la cooperación. En las masas obreras prende la idea de que el capitalismo puede ser superado sin intervenir en las luchas parlamentarias, en las que ya habían sido engañadas una vez, sin más que apoyarse en la fuerza de

(*) Véase lo que acerca del «dinero trabajo» de Owen dice Marx en «El capital», t. I, pg. 56.)

las tradeuniones. Estas adquirirían terrenos en propiedad para fundar en ellos cooperativas agrícolas y se encargarían asimismo de organizar cooperativas de producción de la propia industria, cooperativas de consumo y cursos de enseñanza. Es el sueño owenianо de la revolución pacífica y la conciliación de las clases. Pero el movimiento obrero, si quiso ser algo, no tuvo más remdio que pasar por encima de Owen. Entre éste y las tradeuniones, principalmente su ala izquierda, sindicalista, no tardó en sobrevenir la ruptura, y la «Gran Unión» se deshizo en el mismo año en que fué fundada. La sociedad burguesa procedió enérgicamente contra ella, por medio de encarcelamientos y aplicándole la justicia de clase. Desde entonces, Owen fué apartándose más y más del movimiento de las masas obreras. En el transcurso del movimiento cartista se alzó repetidas veces contra él, acusando a los cartistas de que

«... sembraban el odio y la enemistad contra las clases ricas, con lo cual no hacían más que retrasar el advenimiento del reinado del socialismo, pues en el reino del amor y de la justicia no puede entrarse por la puerta del odio» (*).

2. El movimiento cartista

La indiferencia de los obreros hacia la política no podía ser duradera, como tampoco podía serlo su decepción ante la bancarrota de los experimentos owenianos. Los obreros fueron convenciéndose cada vez más de la insuficiencia de los métodos puramente sindicalistas. Además, las enseñanzas del movimiento de reforma electoral de 1832 evidenciaban al proletariado la necesidad de abrazar un camino de lucha política *propio e independiente* del de la burguesía. En el año 1836, un grupo de artesanos y obreros de Londres, acaudillados por Lovett, fundó una organización titulada «Asociación obrera de Londres», que se proponía por cometido la emancipación política del proletariado. A poco de fundarse, esta asociación formuló en un programa las seis siguientes reivindicaciones: 1.ª Sufragio universal para todos los hombres a partir de los veintiún años; 2.ª, períodos parlamentarios anuales; 3.ª, votación secreta; 4.ª, distritos electorales formados uniformemente; 5.ª, dietas para los diputados; 6.ª, supresión del censo de fortuna para los candidatos al Parlamento. Este programa, al que empezó a darse el nombre de «Carta del Pueblo» (**), marca el comienzo de aquel gigantesco movimiento del proletariado inglés que ha pasado a la historia con el nombre de «cartismo». En este programa no es difícil apuntar toda una serie de graves defectos; no contiene la reivindicación del sufragio para la mujer, no exige la instauración de la república con un solo cuerpo representativo (sistema unicameral) ni da acogida a ninguna demanda de carácter social. Mas, con todo, la proclamación de la Carta representa un gran avance, ya que pone en pie una acción política de clase del proletariado, autónoma e independiente de la burguesía.

El punto de arranque del movimiento cartista puede situarse en el año 1837. La campaña en pro de la Carta empezó con un movimiento de

(*) Owen murió en el año 1858. Véase una maravillosa semblanza de su obra en Engels, «Del socialismo como utopía al socialismo como ciencia» (páginas 19-22).

(**) *Charte* quiere decir, en inglés, carta, documento. La antigua ley constitucional inglesa recibía el nombre de «Carta magna».

agitación a lo largo de todo el país y suscitó durante los años siguientes toda una serie de imponentes mítines y manifestaciones.

La parte externa de esos actos no podía ser más impresionante. Muchas veces, los obreros seguían a las manifestaciones conforme salían del trabajo y formaban en ellas con sus ropas de labor, al resplandor rojo-sangriento de las antorchas (*). Las voces intimando a armarse no se recataban. Muchos presentábanse ya armados en los mítines. Las calaveras que llevaban como emblema las banderas que figuraban a la cabeza de estas manifestaciones, no permitían dudar de la decisión de los trabajadores. Tremolábanse también inscripciones tomadas de los discursos y de las obras de poetas revolucionarios, tales como: «¡Más cerdos y menos curas!» «¡Lucha a vida o muerte por las mujeres y los niños!» «¡Sufragio universal o venganza universal!» Estas inscripciones solían repetirse en las banderas.

Es interesante hacer notar que las alocuciones dirigidas en los mítines cartistas empezaban casi todas así: «¡Trabajadores!»

A fines de 1838, en un mitin gigantesco celebrado en Mánchester, al que asistieron cerca de cien mil almas, se acordó elevar al Parlamento, suscrita por los reunidos, la «Petición nacional». Fué en esta asamblea también donde se eligieron los primeros delegados a la Convención (Congreso) cartista que había de celebrarse en Londres poco después, a comienzos de 1839, y al que acudieron representaciones de todo el país.

"Partido de la fuerza moral" y "Partido de la fuerza física"

La Convención cartista fué teatro de luchas entre diferentes tendencias. No se olvide que en el movimiento cartista tomaban parte los elementos más heterogéneos. No en vano el proletariado inglés de la primera mitad del siglo XIX, era *el proletariado de un período de transición*. En las filas del movimiento cartista vemos formar a proletarios industriales del Norte (Lancashire, Yorkshire, Gales), «con sus zamarras de terciopelo y sus manos callosas». Pero vemos también a toda una masa famélica de obreros domiciliarios, artesanos, braceros del campo, obreros tejedores manuales y calceteros, y un gran tropel de elementos pequeñoburgueses. Junto a un grupo de aristocracia burguesa, bien avenido con las tradeuniones (obreros calificados tipo artesano de Londres y Birmingham), mezclábanse también en el movimiento cartista, ocupando puestos destacados, irlandeses como O'Connor, representando, en parte al menos, el espíritu de los colonos pequeñoburgueses que aún quedaban en Irlanda y cuya situación, dentro de aquel régimen semifeudal de colonato, era muy difícil. Al cartismo se incorporaron también, en sus comienzos, representantes de la pequeña burguesía y de la clase media, deseosos de explotar el movimiento obrero para abolir «las leyes anticerealistas», en que se gravaba la importación de cereales y materias primas con elevados aranceles.

En la primera etapa del movimiento cartista, esta aristocracia obrera

(*) En 1838 se prohibieron expresamente todos los mítines a la luz de las antorchas. Además, la legislación reaccionaria sobre asociaciones sólo consentía la constitución de sociedades locales, razón por la cual era ilegal la organización de los obreros de todo el país y daba, de vez en cuando, lugar a procesos de alta traición.

y estos radicales burgueses consiguieron mantener dentro de él un papel directivo. La táctica de la «Asociación obrera de Londres» era la más moderada. «No son fusiles los que necesitamos, sino educación», decía Lovett, caudillo del ala derecha del movimiento cartista, que formaba el «partido de la fuerza moral». Decía también que la Asociación obrera de Londres se proponía como meta

«... conquistar *por todos los medios legales* los mismos derechos políticos y sociales para todas las clases de la sociedad.»

Este Lovett fué quien, en 1848, dió a los obreros franceses sublevados el consejo de que «obrando de un modo pacífico, dulce y transigentemente, se atrajesen a los enemigos como amigos». Los partidarios de esta tendencia sólo creían realizables sus aspiraciones por medio de un bloque con los radicales burgueses. Precisamente para atraerse a éstos a la campaña cartista, fueron ellos quienes limitaron el programa del movimiento a peticiones puramente políticas. Acuerdos, instancias y otros métodos semejantes de «influencia moral», para persuadir a las clases gobernantes: tal era la táctica del «partido de la fuerza moral».

Hasta escritores de ideas conservadoras, como Disraeli, se daban cuenta de lo absurda que era la táctica de la «fuerza moral». En su novela *Sibila*, en que describe el movimiento cartista, aparece un personaje, un obrero, que dice:

«Me gustaría que fuesen los capitalistas los que empezasen a hacer un pequeño ensayo con eso de la fuerza moral; ya veríamos entonces qué giro tomaban las cosas. Si los capitalistas renunciasen a sus guerreras rojas [soldados], yo me afiliaría mañana mismo al partido de la fuerza moral.»

Formaba el ala izquierda del cartismo el «partido de la fuerza física». A la cabeza de este partido vemos a hombres como O'Connor, O'Brien y más tarde a Ernesto Jones y Harney, que mantienen la necesidad de seguir una táctica revolucionaria y abrazan la idea de la lucha política con un estricto criterio de clase.

«No creáis—dice O'Brien—a quienes os aseguren que la burguesía y la clase obrera tienen los mismos intereses. Eso es un vil engaño. No hay abismo mayor entre el infierno y el cielo, ni antagonismo mayor entre el fuego y el agua que el que separa los intereses de la burguesía y los de las clases productoras.»

El «partido de la fuerza moral» tenía sus trincheras en Londres y Birmingham; las columnas del «partido de la fuerza física», verdadera medula del movimiento cartista, eran los centros fabriles del Norte.

La Convención cartista

El 4 de febrero de 1839 se congregaron en Londres, organizados en Convención cartista, cincuenta y tres delegados. El Congreso estuvo reunido, con algunas interrupciones, hasta el mes de septiembre de 1839. El «partido de la fuerza física» asociaba a este Congreso, muy vagamente todavía, la idea de crear un Parlamento popular propio frente al Parlamento de los terratenientes y los burgueses. Sin embargo, el «partido de la fuerza moral», que unido a los radicales burgueses tenía mayoría en la Convención—Lovett fué elegido secretario del Congreso—, hizo fra-

casar las proposiciones de táctica revolucionaria. No obstante, la Convención contestó a un ataque insidioso que se le dirigía en el mensaje de la Corona al Parlamento, al abrirse sus sesiones el 5 de febrero, con la siguiente alocución al pueblo:

«Si nos viésemos obligados a acudir en defensa propia, no retrocederíamos ni ante los medios más radicales. La muerte del hombre libre en el cadalso es más digna que la tranquilidad indolente del esclavo. Pero la apelación a la fuerza no depende de nosotros mismos, sino del Gobierno.»

Entre tanto, seguían reuniéndose firmas para la petición. Harney, que sólo contaba entonces veintidós años, preguntó a la Convención qué habría de hacerse caso de que el Parlamento—como era lo más verosímil—rechazase la «Carta». La mayoría del Congreso votó que no había lugar a discutir este punto. Más aun, esa mayoría prohibió a los delegados que se disponían a salir a provincias, con objeto de reunir firmas para la petición, que pronunciasen «discursos incendiarios» y presentasen en los mítines proposiciones revolucionarias. Por otra parte, la Convención votó un acuerdo en que se proclamaba que el derecho del pueblo a usar armas y a ejercitarse en su manejo estaba fuera de toda duda y por encima de toda discusión. Pese al triunfo obtenido por el «partido de la fuerza moral», algunos de los elementos radicales del Congreso se mostraron disconformes con el tono revolucionario de los discursos del ala izquierda y abandonaron el Congreso. Esto contribuyó a dar una mayor unidad y homogeneidad social al movimiento cartista. Sin embargo, la pugna entre las dos alas del movimiento se agudizaba. A instancias del ala izquierda, la Convención se traslada el 13 de mayo a Birmingham. La elección de lugar no era, ciertamente, feliz. Entre los artesanos independientes y la aristocracia obrera de Birmingham gozaba de gran poularidad un rico banquero y diputado del Parlamento, llamado Attwood. Este Attwood estaba en la oposición a causa de la política financiera del Gobierno. Y aunque decía ser partidario de la huelga general, en el fondo no quería saber nada de luchas revolucionarias, sino sólo aprovecharse del movimiento obrero para imponer la reforma financiera, que convenía a sus intereses.

En Birmingham, la Convención acordó una serie de medidas para el caso en que se denegasen sus peticiones. Hasta los representantes del partido de la «fuerza física» tenían miedo a la revolución O'Brien declara:

«Antes, la Convención no disponía en absoluto de medios para aconsejar medidas enérgicas. Si hoy quisiéramos hacer eso, pondríamos al pueblo en peligro. Aconsejar más [es decir, la revolución] equivaldría a condenarse de antemano al fracaso.»

La Convención aconsejaba al pueblo negarse a pagar los alquileres y los impuestos, retirar en un mismo día los depósitos de las Cajas de Ahorros y los Bancos y exigir el canje de los billetes de Banco por oro (medida ésta a la que acudió también el Soviet obrero de Petersburgo en 1905) y boicotear durante la huelga general las bebidas alcohólicas gravadas con impuestos. Fué en vano que Harney criticase enérgicamente estas medidas, haciendo ver que los obreros no tenían ningún dinero que retirar de los Bancos y que no había más arma que la huelga general, la cual, una vez declarada, acabaría necesariamente en un alzamiento armado. Cierto es que entre las medidas acordadas por la Convención figuraba también la huelga general (el «mes santo»), pero sólo como remedio extremo, al

que sólo se apelaría en circunstancias poco verosímiles. Harney era el único que tenía una clara noción de lo que era la huelga general y del alzamiento armado combinado con ella.

Después que la Convención hubo acordado las «medidas pacíficas» que habrían de adoptarse caso de que fuese rechazada la «Carta», suspendió sus sesiones hasta el primero de julio, para movilizar entre tanto, en mítines imponentes, las masas del pueblo. Estos mítines se desarrollaron por todas partes con un éxito extraordinario. Pero apenas volvió a reunirse la Convención, el Gobierno intervino, tomando una serie de represalias: los mítines fueron prohibidos, la Policía comenzó a lanzarse sobre las manifestaciones obreras y los encarcelamientos se multiplicaron. La ciudad de Birmingham vivía en plena ley marcial. Las provocaciones del Gobierno acabaron por agotar la paciencia de los obreros de Birmingham, que el 15 de julio comenzaron a pegar fuego a las casas de conocidos enemigos del cartismo. Durante dos o tres días, la ciudad estuvo de hecho en manos del pueblo. La noticia de la sublevación de Birmingham y de las violencias del Gobierno, llevó una indecible emoción a las masas obreras. Pero en estas jornadas decisivas, la Convención, que había vuelto a reunirse en Londres el 10 de junio, demostró la más absoluta impotencia. No sólo no lanzó la consigna del alzamiento armado, sino que siguió moviéndose dentro de la órbita de las «medidas pacíficas», limitándose a protestar contra la conducta de las autoridades. La clase gobernante, más consciente de sus intereses de clase, rechazó en el Parlamento, el 12 de julio de 1839, por 235 votos contra 46, la petición obrera, mantenida por millón y medio de firmas. Mas la Convención seguía sin acertar a recoger, en los términos que se merecía aquel reto del Parlamento. El plan de huelga general primitivamente acordado por la Convención, según el cual el «mes santo» había de comenzar el 12 de agosto, fué desechado—la Comisión de huelga general informaba: «Opinamos unánimemente que las masas no están preparadas»—y sustituído por una huelga de protesta de cuarenta y ocho a setenta y dos horas. Pero también esta huelga, anunciada para el 12 de agosto, fué un fracaso. Por fin, convencida de su impotencia, la Convención se disolvió definitivamente el 14 de septiembre. El Gobierno reforzó las medidas de represión. Una tentativa de alzamiento en el Sur de Gales (noviembre de 1839), delatada por espías, fué cruelmente sofocada. En el transcurso de pocos meses, fueron encarceladas cerca de 450 personas (de ellas, 425 obreros). O'Connor, O'Brien y otros muchos, fueron detenidos y procesados por «alta traición». La coyuntura favorable que se iniciaba en la economía del país y la falta de coherencia en la dirección del movimiento, basado solamente en organizaciones locales, hicieron que se encalmase esta primera oleada del cartismo.

Segundo período del movimiento cartista

Pero no fué más que un breve alto. La nueva crisis económica, el creciente paro forzoso y la miseria, no tardaron en dar sus frutos y en imprimir nuevo y potente impulso a la campaña del proletariado. Ya en el mes de julio de 1840 volvió a surgir (partiendo de Manchester) una nueva «Liga nacional cartista», que se proponía como fin, al margen de la ley, fusionar todos los círculos cartistas desperdigados por el país para sacar adelante, mediante «métodos pacíficos y constitucionales», la reforma radical del Parlamento. En 1842, esta asociación contaba ya con

400 secciones locales, que venían a representar, en números redondos, 40.000 afiliados. Era un verdadero partido obrero, con su Comité ejecutivo, sus Congresos periódicos, sus cuotas y sus carnets. Nada mejor que este ejemplo para rebatir el prejuicio de que Inglaterra es incompatible con un partido político de masas del proletariado. Como vemos, la Asociación cartista nacional, en medio de una intensa lucha y saltando por encima de la ley, que prohibía las organizaciones obreras nacionales, supo poner en pie en poco tiempo un partido político de las masas obreras. Con esto, el movimiento cartista alcanza su punto culminante. El Comité ejecutivo del partido tomó entre manos la labor de redactar una segunda petición para elevarla al Parlamento. Esta petición se distingue sustancialmente de la primera, en la que, como hemos visto, no se aludía para nada a las reivindicaciones sociales ni a las necesidades de las masas. En ésta, después de recoger los seis consabidos puntos, se dedica también un gran espacio a las aspiraciones económicas de las masas obreras.

«En Inglaterra, Escocia, Irlanda y Gales—leemos en esta segunda petición—hay miles de hombres que se mueren de hambre. Conscientes de que la pobreza es la causa principal de todos los crímenes, los abajo firmantes observan con asombro e inquietud cuán poco se hace por los pobres, por los débiles y los ancianos.

Los que suscriben han visto con la mayor indignación el acuerdo de la Honorable Casa por el que se mantiene en vigor la ley de Beneficencia, no obstante haberse aportado pruebas tan numerosas del carácter anticonstitucional del principio en que se inspira y pese a su carácter anticristiano y a las consecuencias crueles y homicidas que acarrea respecto al salario de los obreros y a la vida de los súbditos de este país...

A pesar de la situación espantosa y sin ejemplo por que atraviesa el pueblo, la Muy Honorable Casa no ha mostrado la menor propensión a reducir los gastos públicos, disminuir los impuestos ni fomentar el bienestar general...

Los firmantes de esta petición denuncian que la jornada de trabajo, especialmente en las fábricas, excede del límite de las fuerzas humanas y que el salario por un trabajo que se presta en las malsanas condiciones de una fábrica es insuficiente para sostener la salud de los obreros y asegurarles esas comodidades tan necesarias después de un desgaste intensivo de fuerza muscular. Los que suscriben llaman la atención del Parlamento hacia los míseros jornales de los braceros del campo y se sienten presa de indignación al contemplar los mísérrimos salarios de quienes velan por la alimentación de todo el pueblo. Los que suscriben lamentan vivísimamente la existencia de los más diversos monopolios dentro del país, y condenan con la mayor energía que se graven con impuestos las mercancías necesarias de que es principal consumidor la clase obrera. Son de opinión que *la abolición de los aranceles del trigo no emancipará tampoco a los obreros de sus cadenas, mientras el pueblo no conquiste el Poder que suprima todos los monopolios y toda opresión*. Los que suscriben señalan los monopolios actuales del derecho de sufragio, del papel moneda, de la posesión de máquinas y de tierra, el monopolio de la prensa, los privilegios religiosos, el monopolio de los medios de transporte y toda una muchedumbre de monopolios y privilegios, demasiado numerosos para poder contarlos todos. Todos estos monopolios son creados por la legislación de clase...»

En la segunda petición vemos, pues, claramente formuladas, las reivindicaciones encaminadas a la derogación de la ley de Beneficencia, a la necesidad de una legislación fabril y con ellas la idea de que es indispensable que el Poder pase a manos del pueblo.

Para esta petición se recogieron más de 331.600 firmas, con las que fué presentada al Parlamento el 2 de mayo de 1842 y nuevamente rechazada por éste.

«Apelar a este Parlamento es lo mismo que apelar al peñón de Gibraltar», dijo un radical, en la Casa de los Comunes.

El famoso historiador inglés Mackaulay, declaró en el Parlamento:

«Es peligroso poner el más alto poder del Estado en manos de una clase de la que partirán, sin duda alguna, vastos y sistemáticos ataques contra la seguridad de la propiedad.»

Al tiempo que esto ocurría, los cartistas tenían que luchar también contra un aliado poco grato, que se les había adherido: la «Liga contra las leyes anticerealistas», formada por elementos burgueses. Los numerosos agitadores de esta Liga, dotada de grandes recursos financieros, esforzábanse por atraerse a la clase obrera con el cebo de sus promesas, abriéndoles las perspectivas de abaratamiento del pan y mejora de su nivel de vida (como efecto de la derogación de las leyes arancelarias contra la importación de trigo). Con esto, la burguesía confiaba, además, en desviar la atención de los obreros del cartismo. Pero los cartistas no se dejaron engañar por esta maniobra. Porque abaratase el pan, no iban a acabar los miseros jornales. La burguesía no consiguió que la clase obrera picase en el cebo. En vista de ésto, acudió a otro procedimiento para presionar a las masas. Organizó un locaut en masa, con objeto de provocar un movimiento de huelgas, y en efecto, en agosto de 1842 empezaron a estallar las huelgas, pero éstas no tardaron en tomar un giro inesperado para la burguesía: ahora, el programa de la «Carta» se articulaba con una serie de reivindicaciones económicas concretas. Estas huelgas determinaron una corriente de solidaridad entre los cartistas y las tradeuniones. Aquéllos consiguieron, durante algún tiempo, radicalizar los programas tradeunionistas, a pesar de que las tradeuniones permanecían al margen de la campaña del cartismo. La cruzada huelguística determinó una alianza entre el cartismo y las tradeuniones. Y la idea de la huelga general, del «mes santo, vuelve a adueñarse de las masas obreras.

La paternidad de la idea de la huelga general se atribuye al zapatero y librero Guillermo Benbow, que ya en 1831 había publicado un folleto sobre la huelga general con el título de «El Mes santo», que hubo de ser propagado por «El Abogado del Pobre». En 1838, Benbow celebró varios mitines en Lancashire y en agosto de 1839 fué encarcelado con muchas otras personas. Entre 1838 y 1842, su folleto ejerció una gran influencia. La idea capital de Benbow es ésta: ¿cómo pueden los obreros emanciparse a sí mismos? He aquí su contestación:

«Proclamando un mes de paro, abandonando el trabajo. Se nos dice que padecemos de superproducción. Pues bien, dejemos de producir, y entonces pronto verán los señores que el exceso de riqueza económica no es ningún mal. Se nos dice que padecemos de superpoblación: Pues bien, hagamos un recuento y observaremos cuán nutrido es el ejército obrero y cuán pequeño el número de la minoría privilegiada. Ya el solo hecho de abandonar el trabajo infundirá a las masas la conciencia de su poder y les revelará la importancia de una conducta solidaria. Para servir a la causa obrera, es menester que ese mes de descanso sea un mes de congresos, un mes del pueblo, y así podrá la Convención nacional levantar un balance social y la tiranía será derrotada y obligada a huir.»

El movimiento de huelga surgió espontáneamente. La iniciativa no partió, como vemos, de los cartistas, sino que los acontecimientos se les echaron encima, en buena parte; algunos de un modo inesperado. Desde

Mánchester, la huelga se corrió a todos los centros obreros. El Comité ejecutivo de la «Liga cartista» recogió la consigna el «Mes santo» e invitó a todos los obreros ingleses a unirse a la huelga general. El llamamiento despertó vivo eco, pero la huelga *general* no llegó a producirse. Solamente el Norte se comportó valerosamente; los distritos del Sur y del centro no se solidarizaron con la huelga.

Durante estas semanas del mes de agosto de 1842, la clase gobernante pasó por un pánico espantoso. Cuatro años después, lo confesaba el ministro inglés Graham, en el siguiente discurso ante el Parlamento:

«El año 1842 fué para nosotros un año de experiencias dolorosas y deplorables: un año de terrible miseria y también—ahora que ha pasado, ya puede decirse—de extremo peligro. ¿Cuál era la situación en el año 1842? Permítanme ustedes que les revele el secreto. En Londres teníamos mitines cartistas de media noche. Masas de elementos descontentos, despechados y peligrosos, amenazaban la paz pública... ¿Y cuál era la situación en Lancashire?... Todas las máquinas paradas. Yo mantenía contacto permanente con las autoridades militares, obligadas a enviar tropas por todo el país. Mis colegas y yo vivimos tres meses espantosos, como jamás los habíamos conocido, en lo que a los asuntos públicos se refiere...» (Citado por Beer, «Historia del socialismo en Inglaterra», Stuttgart, 1913, pg. 396.)

Cuando la huelga hubo remitido—el caudillo O'Connor había huído del teatro de operaciones, dejando el movimiento entregado a sí mismo—, el Gobierno procedió a decretar encarcelamientos en masa. Fueron detenidos cerca de 1.500 «cabecillas». En octubre de 1842, comparecieron ante cinco tribunales del jurado unos 651 procesados.

Este fracaso del «Mes santo» desorganizó terriblemente el movimiento. La «Liga cartista» experimentó una baja alarmante de afiliados, hasta el punto de que en 1843 no contaba ya más que con tres a cuatro mil hombres. La prosperidad industrial que se iniciaba, y que duró desde 1843 hasta 1846, favorecía el reflujo del movimiento. Las masas, desengañadas por el fracaso, se retraen nuevamente de la lucha política y retornan al movimiento sindical y cooperativo. Fué por entonces también cuando se destacó en el cartismo una tendencia que tenía como consigna principal «la vuelta al campo».

Programa social del cartismo

Hemos visto cuán heterogéneos eran los elementos que se albergaban en el movimiento cartista. Este abigarramiento no sólo se revelaba en el aspecto táctico, sino también en las disparidades programáticas de su centro. ¿Cuál era el programa social de los cartistas, si es que, en realidad, tenían alguno? El programa social de los cartistas era confuso e incipiente, no sólo en el ala derecha, sino también en el ala izquierda del movimiento. Mas sería gran error pensar que la fuerza íntegra del cartismo residía en su programa político, viendo, por tanto, en él un movimiento radical y aun burgués, como durante mucho tiempo lo han venido haciendo los historiadores de la burguesía. No menos falsa es la concepción contraria, procedente de los autores «socialistas» de la historia del proletariado inglés, de los Webbs, que pretenden presentarlo como un movimiento económico insignificante, totalmente ajeno a la política.

Para el proletariado fabril del Norte, el cartismo representaba, según el célebre dicho de Stephens, «una cuestión de cuchillo y tenedor»; la

«Carta» significaba «buena comida, buena vivienda, buenos salarios y reducción de la jornada de trabajo».

Federico Engels traza, en 1845, la siguiente semblanza del cartismo:

«Los «seis puntos» [del programa cartista] no son para el proletariado más que un medio. «El poder político es nuestro medio, el bienestar social nuestro fin: he ahí el lema que hoy pregonan claramente los cartistas.» (Engels, «La situación de la clase obrera de Inglaterra», Stuttgart, 1920, pg. 198.)

El sufragio universal era, indudablemente, la plataforma general de aquel movimiento. Mas ¿qué ocurriría, una vez conquistado el sufragio universal? ¿Qué régimen había de implantarse? A estas preguntas daban diferente contestación las diversas corrientes encontradas dentro del cartismo.

Lovett, influido por Owen, entendía que el socialismo solamente podía conquistarse por la cooperación de las clases.

También otro caudillo «izquierdista» del movimiento, *O'Brien* (1805-1864), estaba influido por el socialismo utópico y sobre todo por un libro sobre el movimiento igualitario de Babeuf que él había traducido al inglés (1835). O'Brien veía en la campaña cartista una lucha entablada para derrocar el capitalismo en general. Muy interesantes son las manifestaciones de este caudillo acerca del carácter de clase de los Gobiernos.

«Los Gobiernos son instituidos por los capitalistas para que les protejan sus ganancias, sus rentas y todos los demás tributos que perciben del pueblo trabajador... El Gobierno es su gendarme, y las clases trabajadoras los oprimidos... En Inglaterra, el Gobierno está instituído para las clases altas y las clases medias, es decir, para cuantos viven de la rapiña y de la fuerza. Y mientras el Gobierno esté en tales manos..., será inútil cuanto se haga por implantar la más leve reforma práctica.»

Pero en la mente de O'Brien, la idea del socialismo se confundía con las ideas del «dinero trabajo» y de los «bazares de cambio» o almacenes en que cada productor entregaría el producto de su trabajo, obteniendo a cambio las mercancías que necesitase. A su socialismo le faltaba la conciencia del papel histórico del capitalismo y del proletariado. No obstante, basta comparar aquellas palabras cálidamente revolucionarias de O'Brien con los suaves y melifluos discursos en que un Mac Donald, por ejemplo, predica la concordia de las clases, para comprender el abismo que media entre aquellos caudillos proletarios del cartismo y los directivos actuales del partido laborista, que, bajo el manto de sus hipócritas discursos, no hacen más que defender los intereses de la burguesía inglesa.

Un concepto más claro de la interdependencia existente entre el socialismo como meta del movimiento cartista y la lucha política del proletariado, tenía Jorge I. *Harney*. Para él, el sufragio universal no era más que un medio de acercarse a la finalidad perseguida, o sea, a la «nivelación general de las condiciones de vida». Pero los partidarios de Harney no formaban más que un grupo reducido, cuya táctica revolucionaria (alzamiento armado y nada de peticiones) se adelantaba en un gran trecho a la ideología de las masas obreras de su época. Harney hízose luego amigo de Engels y Marx y todavía llegó a figurar en la Primera Internacional.

El ideólogo más representativo de las masas y el caudillo más prestigioso del movimiento, era *O'Connor*, editor y director de la *Estrella del Norte* (Nordstern), órgano central del cartismo (1838-1852). O'Connor no

era socialista. «Yo no soy socialista ni comunista», decía de sí mismo. Según él, la pequeña propiedad es provechosa y necesaria. Sólo siendo pequeño agricultor puede el obrero «aplicar su trabajo y su capital con el mayor provecho y en su propio interés». El ideal de O'Connor, era: *dos acres de tierra para cada cual y una casita convenientemente instalada.*

En la época de reflujo del cartismo, después de fracasar el «Mes santo», O'Connor expuso su plan de reparto de tierras entre los obreros, mediante fundación de colonias cooperativas agrícolas. Este plan fué aceptado por el Congreso y hasta llegó a prevalecer sobre la «Carta» durante algún tiempo. Las cédulas de participación en esta empresa fueron suscritas por cerca de 70.000 personas. La consigna de «la vuelta al campo» conquistó una extraordinaria popularidad. Es evidente que este programa tenía que satisfacer a las capas obreras, artesanos, obreros domiciliarios, etcétera, a quienes hacía poco que habían arrancado a sus tierras y que soñaban con el retorno de los tiempos pasados. Mas hay que reconocer que esta utopía pequeñoburguesa y reaccionaria de O'Connor encontraba también acogida entre los obreros fabriles. ¿Cómo se explica esto? Una parte de los obreros de las fábricas, a quienes el capitalismo no había acabado todavía de moldear (ni siquiera los obreros de la región industrial del Norte estaban todavía completamente asimilados), compartían las ilusiones de la vuelta al terruño. Además, hay que tener en cuenta que el sector calificado de la clase obrera, aquella aristocracia obrera de tipo artesano, confiaba en que al realizarse la reforma agraria de O'Connor experimentarían un alza los jornales de los que quedasen en las fábricas. Los planes agrarios de O'Connor se derrumbaron financieramente en 1848, y el propio autor perdió en ello su fortuna.

Marx escribía en 1850, hablando de este personaje:

«Es, en todo y por todo, un conservador por naturaleza, y abriga un odio calificadísimo tanto contra el progreso industrial como contra la revolución. Sus ideales son todos, de medio a medio, patriarcales y pequeñoburgueses.» (Marx, en la revista de la «Nueva Gaceta del Rin», Londres, 1 nov. 1850. «Escritos varios», t. II, pg. 468.)

Tercer período del movimiento cartista

La crisis comercial y las elecciones generales de 1847, la crisis de hambre irlandesa y sobre todo la revolución de febrero de 1848 en Francia, dieron un nuevo empuje al cartismo. En Inglaterra empezaron a estallar disturbios entre los obreros sin trabajo. «¡Pan o revolución!»; he aquí el lema de las masas, cuyo espíritu combativo volvía a encenderse. Por todas partes se votaban mensajes de saludo al pueblo revolucionario francés.

Un Congreso cartista acordó, el 3 de abril de 1848, a instancia de O'Connor, volver a presentar al Parlamento una petición, muy semejante a la de 1842. Se reúnen para ella 1.975.000 firmas, aunque se corre la voz de que los firmantes son 5.700 millones. Para el caso de que sea desechada, se acuerda convocar una «Asamblea nacional», que deliberará en sesión permanente hasta que la «Carta» se convierta en ley. El 10 de abril de 1848, el Congreso decide organizar un mitin gigantesco en la pradera de Kenningston, para desde allí dirigirse en manifestación al Parlamento.

El Gobierno dió exageradas proporciones a la importancia de este mitin. El 10 de abril de 1848, se movilizaron 170.000 policías especiales, que

hubieron de prestar un juramento y fueron equipados con bergajos. También se armó a 2.000 empleados de Correos. En Londres se acuartelaron 100.000 soldados y marineros. En distintos puntos de la ciudad se montaron cañones pesados. Previniéndose ante la eventualidad de tener que organizar transportes de tropas, se prepararon varios vapores con las calderas encendidas. Las iglesias se convirtieron en cuarteles. Fueron prohibidos todos los mitines al aire libre y todas las manifestaciones. En la mañana del 10 de abril, todas las pequeñas fábricas y tiendas de Londres cerraron. Un verdadero ejército de gentes armadas invadió las calles. El alto mando de estas fuerzas se había encomendado nada menos que al vencedor de Napoleón, al «férreo» duque de Wellington, con sus setenta y nueve años. A las diez de la mañana, los delegados del Congreso cartista se trasladaron a la pradera de Kenningston, donde estaban congregadas ya las masas obreras. Abría marcha un coche empavesado con banderas y tirado por cuatro caballos, que había de llevar la petición al Parlamento.

Pero la acción del 10 de abril fué un fracaso. En el mitin sólo comparecieron unas treinta a cuarenta mil personas y la manifestación ante el Parlamento, prohibida por el Gobierno, fué revocada por los propios jefes cartistas. O'Connor invitó a los obreros a que se disolviesen «pacíficamente» y «alcanzasen el triunfo por la reflexión». Y la petición fué rechazada por tercera vez, entre las risotadas de burla de los diputados. Pasados algunos días—el 12 de abril—, el Parlamento votó la «Ley de defensa de la Corona y del Gobierno», que condenaba con pena de presidio los «discursos alarmistas». El 13 de mayo de 1848, el Gobierno disolvió el Congreso cartista, que se había constituido en Asamblea constitucional desde el 1 de mayo. De mayo a octubre de 1848, Inglaterra vivió sujeta al régimen de terror de la justicia de clase. Volvieron a ir a la cárcel unos noventa jefes cartistas. Añádase a esto la bancarrota de los planes agrarios de O'Connor y el triunfo de la reacción en París, Berlín y Viena. Es evidente que la derrota del 10 de abril fué también un mal golpe para el movimiento revolucionario del continente. Wellington ayudó a Cavaignac, desde Londres, a sofocar en sangre el alzamiento de los obreros parisinos en junio de 1848. Después de esta derrota, el cartismo no pudo rehacerse, a pesar de los esfuerzos que se hicieron por infundirle nueva vida; tal, por ejemplo, el intento de una fracción cartista, que unida a los radicales presentó una «pequeña Carta», en que se reivindicaba el derecho electoral para los inquilinos. Al extinguirse la *Estrella del Norte*, Ernesto Jones fundó el *Diario del Pueblo* («Peoples Paper»), que fué cartista desde 1852 hasta 1854. En 1855 murió O'Connor, y en 1858 Roberto Owen. En 1854 desaparecieron también las últimas organizaciones del cartismo.

II. Causas de la derrota y papel histórico del cartismo

Hemos visto que los períodos ascensionales y de depresión del cartismo van íntimamente unidos a los períodos de crisis y prosperidad industrial. Después de la crisis de 1847, soplo de aire que atizó los últimos rescoldos del cartismo, se abre en Inglaterra un largo período de florecimiento industrial, que dura unos veinticinco años. Las revoluciones de 1848 en

Francia y Alemania, paralizaron la industria de estos países y ayudaron a los capitalistas ingleses a batir a sus competidores en los mercados asiáticos y americanos. El triunfo del librecambio (1846), representa el triunfo de la burguesía industrial; dada la superioridad industrial de Inglaterra, la política del librecambio la beneficiaba, toda vez que aseguraba a los empresarios ingleses el más completo predominio en la pugna por conquistar los mercados extranjeros.

Influído por la prosperidad industrial y la consiguiente alza de salarios, el proletariado inglés fué, como dice Engels, «aburguesándose».

«El proletariaro inglés va aburguesándose prácticamente cada vez más, y tal parece como si éste país, el más burgués de todos los países, fuese a tener una aristocracia burguesa y un proletariado burgués flanqueando la burguesía. La cosa no deja de tener su justificación, en un país que explota al mundo entero.» (Carta de Engels a Marx, 7 octubre 1858. Correspondencia, t. III, pg. 290) (*).

«Mientras duró el monopolio industrial de Inglaterra, la clase obrera inglesa participó hasta cierto punto de las ventajas de ese monopolio... He ahí por qué, después de extinguirse el owenismo, no ha habido socialismo en Inglaterra.» (Engels, prólogo a su obra sobre la «Situación de la clase obrera en Inglaterra», edición de 1892, pg. 23.)

La burguesía inglesa, que recolectaba los frutos de la gigantesca prosperidad de su industria y de su posición de predominio en el mercado mundial, bien podía echar unas migajas de su mesa a la clase trabajadora para «domesticarla».

Por otra parte, la gran corriente de emigración obrera que salía de Inglaterra (desde 1848 a 1854 emigraron 2.500 millones de obreros ingleses), agudizada al descubrirse los campos de oro de Australia, permitía «desplazar» a los elementos más enérgicos del movimiento proletario y contribuía a mantener el alza de los salarios de los obreros que permanecían en el país.

Revivió el «limitado» tradeunionismo gremial (el «tradeunionismo puro»), retraído de toda lucha política para predicar la armonía de intereses de patronos y obreros. El movimiento obrero perdió, por una larga serie de años, su carácter revolucionario. A ello contribuyó también, en buena parte, la ley de la jornada de diez horas, implantada en 1847 con ayuda de los conservadores, para «fastidiar a la burguesía».

Con algunos de estos conservadores, del corte del pastor Stephen o de Oaftler, nos habíamos encontrado en las filas del movimiento cartista y algunos hasta militaban en su ala izquierda. Estos conservadores representaban la ideología de los terratenientes de rancia estirpe, a quienes la protesta contra el capitalismo, que venía a sacar de quicio a la «vieja y plácida Inglaterra», echaba en brazos del cartismo. Oaftler es quien mejor define la ideología de estos dos elementos. Oigámosle:

«Soy—dice—un súbdito fiel de la reina, amigo de la aristocracia y devoto rendido de la iglesia nacional.» Pero si esos poderes dejasen de ser los protectores del pueblo, «entonces, no tendría inconveniente en gritar con sus más rabiosos enemigos: ¡Abajo esos poderes, abajo, que no quede ni rastro de ellos!»

Los cartistas habían pasado de largo por delante de la reivindicación más importante de la clase obrera: la jornada de diez horas. La implan-

(*) Véase también Lenin, en su estudio sobre «Carlos Marx».

tación de esta ley puede decirse que «salvó» al país, es decir, a la burguesía, de la revolución, que en 1848 era inminente.

Además, cuando se investigan las causas del fracaso del cartismo, no debe olvidarse el carácter interno del movimiento: la heterogeneidad de los elementos mezclados en él, las disparidades de criterio existentes entre los diversos sectores, la poca fuerza del movimiento en punto a organización (aquellos cientos de miles de hombres reunidos en los mítines eran una masa sin organizar). Tampoco debe perderse de vista, pues tuvo considerable importancia, la falta de contacto entre los cartistas y las tradeuniones, que se movían dentro de su órbita propia, hostil no pocas veces al cartismo.

Hemos visto que el cartismo carecía de un programa social claro. Su socialismo tenía, como hace resaltar Engels, carácter embrionario. Hasta su derrota definitiva, el cartismo no se acercó a las ideas socialistas de jefes como Ernesto Jones y Harney. Una conferencia cartista reunida en Londres en 1851, declaró que nada se conseguiría cambiando el régimen político sin cambiar las condiciones de la sociedad. Harney proclamó la consigna de la «República democrática y social». Jones y Harney representan ya el tránsito del cartismo al socialismo científico. Harney publicó en la década del 50 la primera traducción inglesa del *Manifiesto comunista*. Jones y Harney mantenían relaciones personales con los fundadores del socialismo marxista. Sin embargo, el movimiento cartista, en conjunto, no tenía un programa social claro y científicamente razonado. El proletariado de la primera mitad del siglo XIX no estaba todavía capacitado para eso. No obstante, la importancia histórica del cartismo es extraordinariamente grande. Es el primer movimiento revolucionario *independiente* del proletariado como *clase*.

«... Pero en el cartismo—escribe Engels—es toda la clase obrera la que se alza contra la burguesía y arremete, sobre todo, contra su poder político, contra el muro legal detrás del cual se atrilla.» (F. Engels, «La situación de la clase obrera en Inglaterra», pg. 231.)

«... A partir de este momento, el cartismo es una causa puramente obrera, emancipada de todos los elementos burgueses.» (Pg. 237.)

Los cartistas enseñan, por primera vez, al proletariado de todos los países, «cómo hay que proceder», cómo tiene que obrar prácticamente la clase obrera para batallar por sus fines *propios*. El movimiento cartista contradice del modo más palmario la leyenda reformista, todavía hoy tan en boga, de que en Inglaterra y en los Estados Unidos sólo hay margen para un desarrollo pacífico, puramente económico, del movimiento obrero, sin el menor contacto con la lucha política. El cartismo fué un movimiento marcadamente político, revolucionario, del proletariado inglés. Este movimiento se estrelló contra el desarrollo ascensional del capitalismo en Inglaterra, y el movimiento obrero inglés perdió para muchos años su carácter revolucionario. Pero la prosperidad del capitalismo inglés no fué eterna. El monopolio industrial de Inglaterra fué desmoronándose y su sistema capitalista empezó a descomponerse (al igual que en el mundo entero). No hace mucho, en 1926, estalló en Inglaterra una gran huelga general. Traicionada por los caudillos reformistas de las tradeuniones y del partido laborista, esa huelga reveló, sin embargo, que el terreno para

un movimiento revolucionario de las masas del proletariado inglés, es hoy incomparablemente más propicio que en la época de los cartistas revolucionarios. No en vano vivimos en el período de bancarrota del sistema capitalista.

El partido comunista de Inglaterra ha asumido, para impulsar la lucha revolucionaria de masas, las tradiciones revolucionarias del cartismo y acaudilla al presente una campaña en favor de la «Carta obrera», en que se contienen las reivindicaciones mínimas, las que más interesan y mueven a las masas.

Sobre las experiencias del cartismo—primer partido independiente del proletariado—construyeron Marx y Engels su teoría de la lucha de clases. Fijándose en el ejemplo del cartismo, la clase obrera pudo comprender la importancia de conquistar el Poder político como medio para ir a la meta del «bienestar social», es decir, de la transformación de la sociedad sobre nuevas bases.

Sobre el ejemplo del cartismo, el proletariado puede comprobar todavía hoy la importancia que tiene la *organización* de las acciones de masas de la clase obrera. Los cartistas descuidaron la organización sistemática de la actividad revolucionaria de las masas. O'Connor dijo, en uno de sus discursos: «Cuatro millones de hombres están detrás de nosotros y *son la garantía de nuestro triunfo*.» Pero ¿dónde estaba la organización en que se encuadraban aquellas masas? Sobre la experiencia del cartismo, al proletariado se le revela también la importancia de las reivindicciones prácticas y la inutilidad de las teorías utópicas, como lo eran, por ejemplo, los planes de reforma agraria de O'Connor, así como también la necesidad de un partido autónomo de clase del proletariado. Finalmente, los cartistas pusieron la primera piedra ideológica y organizadora de la solidaridad internacional: manifestáronse en favor de Irlanda y del Canadá, simpatizaron del modo más caluroso con las luchas del pueblo polaco contra el zarismo y, finalmente, una serie de jefes cartistas como Harney y Jones, ingresaron en la organización internacional de la «Fraternidad democrática» y en la Primera Internacional, que tenían por misión propagar la solidaridad internacional de la democracia revolucionaria.

Pese a la infantilidad del programa cartista, los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, contaban a los cartistas entre los verdaderos representantes del proletariado. Aliar el socialismo como teoría científica al cartismo como movimiento de masas del proletariado, era la misión que ellos, los creadores del socialismo científico, consideraban más importante.

Preguntas de repaso

1. *¿Cuáles fueron las fuentes de la acumulación originaria en Inglaterra, y en qué se distinguen de las fuentes de la acumulación socialista en la U. R. S. S.?*
2. *¿Qué consecuencias tuvo la revolución industrial inglesa?*
3. *¿Por qué en Inglaterra se produjo antes que en ningún otro país la revolución industrial?*
4. *¿Cuáles eran las principales tendencias dentro del movimiento cartista?*

5. *¿Por qué fracasó ese movimiento?*

6. *¿Qué elementos nuevos aporta el cartismo a la teoria y la práctica del movimiento obrero internacional?*

7. *Compárese el cartismo con el movimiento obrero inglés durante la huelga general de 1926.*

Notas bibliográficas a los cuadernos 1 y 2

La Gran Revolución francesa

KAUTSKY, Carlos: «Los antagonismos de clase en 1789». En conmemoración del centenario de la Gran Revolución francesa (Stuttgart, 1920).
KROPOTKIN, Pedro: «La Revolución francesa de 1789 a 1793». Esta obra tiene especial importancia por tratar detenidamente el proceso de la revolución en el campo, el movimiento campesino.
AULARD, A.: «Historia política de la Revolución francesa». Orígenes y desarrollo de la democracia y de la República, desde 1789 a 1804. Dos volúmenes. Este libro, de que es autor el profesor parisino Aulard, fallecido en 1928, estudia con especial detenimiento el aspecto administrativo y legislativo de la historia revolucionaria. Su punto de vista es el de un demócrata burgués, marcadamente nacionalista además, ya que ve en la revolución, principalmente, un movimiento en torno a la unidad y a la independencia nacional, sin dar importancia a las luchas de clases.
BOURGIN, Jorge: «La Revolución francesa». Este libro es una obra de apretada lectura, con una cantidad enorme de datos, un relato completo y cargado de detalles y pormenores de la revolución, que el autor considera como la cruzada definitiva de emancipación de la burguesía francesa.
MARX trata con bastante extensión de la Revolución francesa en su obra titulada «La Sagrada Familia». (Escritos varios de K. Marx y F. Engels, t. II, páginas 225-231: «Batalla crítica contra la Revolución francesa»). En estas páginas pone de relieve, entre otras cosas, la trabazón existente entre el movimiento proletario de la revolución (Babeuf, «Los posesos») y el movimiento obrero moderno. En 1918 publicó la revista *Neue Zeit*, año 36, t. I, núm. 5, páginas 103-107, una compilación de las manifestaciones más importantes de Marx acerca de la Revolución francesa.

La revolución industrial inglesa y el cartismo

La mejor introducción a la historia del cartismo, es la obra de Engels, editada por primera vez en el año 1845:
ENGELS, Federico: «La situación de la clase obrera en Inglaterra» (8.ª edición, Stuttgart, 1923, 300 pgs.). Aunque sólo trata del cartismo brevemente, en el capítulo dedicado a los movimientos obreros (pgs. 215-243), esta obra está toda ella consagrada a estudiar muy minuciosamente y basándose en observaciones propias y en gran número de fuentes literarias, la situación del proletariado inglés alrededor del año 1845; además, el capítulo que le sirve de introducción es un estudio de la revolución industrial y de sus consecuencias sociales.

La revolución industrial inglesa y la situación del obrero fabril en la primera mitad del siglo XIX, aparecen estudiadas también en el primer volumen del «Capital»:
MARX, Carlos: «El Capital», t. I, ed. popular, Berlín, 1928; pgs. 226-245: «La legislación fabril inglesa desde 1863 a 1864 (cap. VIII, secc. 6), pgs. 644-691: «La llamada acumulación originaria» (cap. XXIV).

Para seguir la marcha exterior del movimiento cartista y el análisis de sus ideas y tendencias, debe leerse el libro, muy fácil de comprender, de
ROTHSTEIN, Teodoro: «Estudios sobre la historia del movimiento obrero inglés». Berlín, Verlag für Literatur und Politik, 1929 (pgs. 4-151): «La época del cartismo».

El estudio marxista más completo del movimiento cartista, desde sus orígenes hasta sus últimas manifestaciones, es el de
SCHLUETER, Hermann: «El movimiento cartista, contribución a la historia político-social de Inglaterra» (Stuttgart, 1923). Las ideas principales de esta obra aparecen ya expuestas en un folleto anónimo, publicado por el autor, todavía en vida de Engels y con la colaboración de éste:

SCHLUETER, Hermann: «El movimiento cartista en Inglaterra». Hoppingen-Zurich, 1887, 56 pgs. («Biblioteca Socialdemocrática», núm. 16).

La historia del movimiento sindical inglés aparece detalladamente estudiada en la obra de los conocidos reformistas:

WEBB, Sidney y Beatriz: «Historia del tradeunionismo británico».

Véase sobre los orígenes del tradeunionismo:

PUMPIANSKI, L. (Completando y corrigiendo en muchos respectos la obra de los Webb): «Estudio sobre la historia de los orígenes del tradeunionismo inglés». Suplemento núm. 13 a la revista *Neue Zeit*, 1912.
OWEN, Roberto: «Una nueva concepción de la sociedad».

Acerca de *Owen* y del movimiento cooperativo, tan influido por él, puede consultarse la obra de

SIMON, Elena: «Roberto Owen, su vida y significación» (Jena, 1905). Un pequeño extracto de este libro y de las obras de Owen, se contiene en el folleto titulado «Roberto Owen y el socialismo. Resumen de las obras de Owen, con una introducción de Elena Simón» (Berlín, 1919).

Vivas semblanzas del movimiento y de sus principales caudillos, véanse en la obra de

BEER, Max: «Historia del socialismo en Inglaterra» (Stuttgart, 1913), pgs. 3-222: «Economía, Revolución, Crítica social y socialismo»; pgs. 225-419: «El período del cartismo».

Hay un artículo escrito por Martynow, con ocasión de la huelga general inglesa, en que se traza un paralelo histórico entre el período del cartismo y los tiempos modernos:

MARTYNOW, A.: «La dialéctica del movimiento obrero inglés», en la revista «Internacional Comunista», 1926, pgs. 528-545.

Para ahondar el paralelo entre la «acumulación originaria» y la Economía soviética, debe consultarse la obra de

STALIN, J.: «Problemas de leninismo», t. I, pgs. 301-308.

36738

CURSOS DE INICIACION MARXISTA

EDICION ESPAÑOLA DIRIGIDA POR W. ROCES

CURSO II

HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO INTERNACIONAL

(EN ONCE CUADERNOS APROXIMADAMENTE)

CUADERNO APARECIDO:

NUMERO 1

LA GRAN REVOLUCION FRANCESA

Plan de trabajo: I.—El desarrollo del capital y el viejo régimen. II.—La revolución burguesa. Sus etapas. III.—Las enseñanzas de la revolución.

Los siguientes cuadernos de este curso aparecerán el día 15 de cada mes.

Precio de cada cuaderno suelto, en librerías y quioscos, 1 peseta. La suscripción combinada a los dos Cursos, I y II, 16,10 pesetas, que deben remitirse por giro postal al solicitar la suscripción a Editorial Cenit, S. A., apartado 1.229, Madrid.

Los individuos que quieran suscribirse y tengan adquiridos algún o algunos cuadernos se le rebajará el importe de la suscripción a razón de 0,70 pesetas por cuaderno que tengan ya comprado.

BIBLIOTECA CARLOS MARX

DIRIGIDA POR W. ROCES

Las obras maestras del socialismo y los jalones de los grandes movimientos socialistas

La teoría socialista y su realización

En esta colección se reunirán, esmeradamente impresos, en traducciones directas e impecables, y magníficamente encuadernados, los libros fundamentales de la teoría socialista y su aplicación a los problemas del día, la historia, la doctrina y la polémica de los grandes caudillos del proletariado internacional, la vida y la obra de los grandes pensadores socialistas del campo marxista y de sus adversarios más importantes. **La Biblioteca Carlos Marx** será una colección de obras de consulta indispensables para cuantos quieran capacitarse seriamente frente a los problemas y las luchas sociales de nuestros días.

VOLUMENES PUBLICADOS:

Lissagaray: **HISTORIA DE LA COMMUNE DE PARIS**

Un volumen encuadernado de 556 páginas, 25 pesetas.

Franz Mehring: **CARLOS MARX (Historia de su vida)**

Un volumen encuadernado de 580 páginas, 30 pesetas.

Para facilitar la adquisición de estas obras fundamentales, admitimos el pago a plazos, solicitando condiciones de la Editorial. A los suscriptores a los «Cursos de iniciación marxista» les serán concedidas condiciones especiales dirigiéndose a:

EDITORIAL CENIT, S. A. Apartado 1229. MADRID

Nuestros lectores de Argentina pueden dirigirse a sus libreros o a uno de estos tres depósitos: Espasa-Calpe, calle Montevideo, 22, Buenos Aires; Espasa-Calpe, plaza de la Constitución, 7, México; Espasa-Calpe, Amistad, 110, y Barcelona, 2, Habana.